





ESTADO DE LOS HOSPITALES DE CARIDAD. SAN JUAN DE DIOS. HOSPITAL. HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS. HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS.

RASPEO DE GANADO MAYOR Y MENOR. Consumo, precios y existencia en ambos raspeos el día 21 de noviembre.

REMITIVOS. En las listas de la Su. de la Marina. Remitivos.

TRIBUNALES. Por causa proveída por Sr. Magistrado de la Real Audiencia. Por causa proveída por Sr. Magistrado de la Real Audiencia.

AVISOS. D. JOSE ESPARRAGO Y CUELLAR. Bodmann.

RETRATOS AL OLEO. A MEDIA GYZA DE ORO. Retratos al oleo.

EMPRESA DE LETRINAS Y SUMIDROS. D. P. Arias profesor de fotografía.

EL D. GUIMERA. EL DOCTOR CHURRUILL. D. JUAN JIMÉNEZ FORNIA.

RETRATOS A S. S. LETRA INGLESA. EL PALACIO DE CRISTAL.

ESTABLECIMIENTO FRANCÉS. D. Isidoro Bonelly y Zayas cirujano dentista.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

AL PUBLICO. O. BUNIMFELD. O. BUNIMFELD. O. BUNIMFELD.

ENSEÑANZA FONETICO-LOGICA DEL IDIOMA INGLES. ENSEÑANZA FONETICO-LOGICA DEL IDIOMA INGLES.

COMODIDAD. La empresa de hermanas situada en el pueblo de Huelva.

LA HIA. peluquería, perfumería y barbería. Calle de Aguirre esquina a la de la Obra pía.

RETRATOS AL OLEO. A MEDIA GYZA DE ORO. Retratos al oleo.

EMPRESA DE LETRINAS Y SUMIDROS. D. P. Arias profesor de fotografía.

EL D. GUIMERA. EL DOCTOR CHURRUILL. D. JUAN JIMÉNEZ FORNIA.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

CASA DE PUPULOS. Una colocación para un gran número de pupulos.

CUENTAS. Una colocación para un gran número de cuentas.

FOUR OR TIVE AMERICANS CAN HAVE. Una colocación para un gran número de cuentas.

LA BARRERA DE GRAUPEIRA. Una colocación para un gran número de cuentas.

AVISO IMPORTANTE. Una colocación para un gran número de cuentas.

RETRATOS AL OLEO. A MEDIA GYZA DE ORO. Retratos al oleo.

EMPRESA DE LETRINAS Y SUMIDROS. D. P. Arias profesor de fotografía.

EL D. GUIMERA. EL DOCTOR CHURRUILL. D. JUAN JIMÉNEZ FORNIA.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

RETRATOS AL OLEO. MADAMA MAHA FERDINAND. MADAMA MAHA FERDINAND.

Una colocación para un gran número de pupulos.

Una colocación para un gran número de cuentas.

Una colocación para un gran número de pupulos.

Una colocación para un gran número de cuentas.

Una colocación para un gran número de pupulos.

Una colocación para un gran número de cuentas.

—¿Ah monseñor! encimó el maestro de armas! —Y al saludarlo pudo distinguir el desventurado en la fisonomía de Louvois esa desagradable sorpresa que significa hoy su creta muerte! —He escapado de la muerte, dijo La Gorge con todo melifluido. —¿No sabía y te esperaba, repuso Louvois, que había tenido tiempo de reponerse. —¡Ah! monseñor lo sabe todo; dijo el maestro de armas en crear una palabra. —Y es todo lo que quiero; interrumpió el ministro con sequedad. Vamo; ¿estás ya curado? —Pero al cabo estás en pie. —Sí, monseñor. —¿Y necesitas dinero? —La Gorge movió la cabeza con una sonrisa que indicaba su agradecimiento adelantado. —Lo tendrás; sin embargo no lo has ganado. —La Gorge tomó esta vez la actividad de un triunfador. —Monseñor se engaña; dijo; solamente que en lugar de ganar mi dinero con una escocada lo he ganado con de. —¿Como? dijo Louvois, asombrado; no comprendo bien. —Monseñor, la fortuna me he hecho traición una vez. —Tú mismo es la que te ha faltado, tunante. —Sea, pero mi mujer ha tomado la revancha. Traigo a monseñor su espada, de la que soy indigno, aunque he reparado la afrenta que había en la arena, un lugar removido por los caballos y el movimiento de los combatientes, así aquí todo lo que se había encontrado debajo de los muros de las Hermanas azules. Y luego se hablaba vagamente de un mercader ambulante al volverse a Flandes había recogido un hombre moribundo y se lo había llevado en su carro. Encontrado el mercader o interrogado por los agentes de Louvois declaró que el hombre no había podido sufrir el transporte, que le había pedido que dejase en el camino, y que había muerto sin duda en el fondo del vallado en que el mercader lo había colocado. Louvois deseaba con ansia desbarbarozar a La Gorge para no contentarse con una explicación que hacia esperar su muerte. Por otra parte si hubiese vivido muy luego hubiera dado La Gorge noticias suyas. Cuando no pedía dinero era señal de que estaba realmente muerto. —¿Qué? Belair. Este irritaba a inquietaba a Louvois. Gerardo lo había oído cuidadosamente en el castillo de Laverny y Louvois por no remover una ceniza todavía caliente había respetado el castillo después de la muerte de la condesa. La carta de destitución enviada a Gerardo era el único proyectil que hubo de lanzar para engañar su sed de venganza. Louvois se descubrió a Belair al primer soplo que descubriese a aquel desgraciado. —Y como el músico iba a encontrarse abandonado por la muerte de Gerardo, como no tenía para vivir más que el ruido de su guitarra, cecó ruido lo denunciaba al momento. —Supongo que le espantarán. —Monseñor no comprende que he vuelto a encontrar a Belair? —¿Dónde? —En casa de mi amigo Desbutes, hombre dichoso gracias a vos, monseñor, hombre que acaba de comprar un castillo soberbio. —¿Al que bien se le ha recompensado el honor de haber servido, monseñor. —En unión conmigo! Louvois bruscamente. —¿Bien? ¿ese Belair? preguntó. —¿Le oí tocar la guitarra debajo de un balcón donde yo estaba, lo quitó, nos hemos batido y lo he muerto. —Muerto. —bien muerto. —preguntó Louvois con una explosión de gozo. —Perfectamente bien muerto, monseñor; dos estocadas asombrosas en el corazón. —¡Eh! cuidado, dijo Louvois mirándole irónicamente; se resaca de una estocada, mi buen La Gorge. Tú eres de ello una prueba viviente. Ahí tenemos un muerto a tus manos que será algún día un aparecido. —No, monseñor; he tomado mis precauciones. —¿Cuales? —Después de haber matado al hombre lo he enterrado debajo de una piedra que puede pesarse mil libras, y que he dejado caer sobre el cadáver de una altura de cerca de diez pies. —Eso es diferente, La Gorge; ese Belair es hombre muerto. ¿Pero que dirá Desbutes? ¿Como vas a explicarle esa muerte cometida en tu

